

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LAS LUCES DEL SIGLO.

Así bajo las elevadas bóvedas de suntuosa catedral como en la pequeña nave de rústica iglesia, resuenan dos concisas y antitéticas frases, tan propias para servir de tema á profunda meditacion, como de resúmen y corolario á las ideas que esta haya removido. Congregados allí los fieles oyen una voz que exclama: «Humillad vuestras cabezas, arriba los corazones. Inclina la frente al suelo porque sois hijos del polvo, dirigid á lo alto el corazón porque sois hijos de Dios: mirad la tierra que es vuestro origen, contemplad el cielo que es vuestro destino.» Pero esta piadosa exhortacion no sienta muy bien á los hijos de este siglo, cuyas luces han añadido el desvanecimiento del espíritu á la rebeldía de la carne, antigua enfermedad de que adolece el linage humano. A semejanza de aquellos advenedizos, que elevados por un golpe de fortuna á la cumbre del poder ó de la riqueza, no pueden sufrir que se les traiga á la memoria su plebeya cuna ó su primitiva indigencia, y semejantes á los niños que se impacientan y lloran si se les retarda la posesion del juguete que solicitan, los hijos del siglo no pueden oír sin disgusto el recuerdo de su originaria bajeza, ni consentir en que se haya señalado un plazo al logro de la felicidad, constante y vaga aspiracion de su pecho intranquilo. A la austera voz de la Iglesia prefieren el canto de cualquier sirena que hala-

que sus oídos, diciéndoles: erguid vuestras cabezas porque sois los reyes de la tierra, fijad en ella el corazón porque es el palacio en que ostentais vuestra soberanía.

Y el papel de esta sirena lo representa á veces la ciencia, ó mejor dicho lo que su nombre usurpa y con sus galas se atavía. Las sagradas letras enseñan que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, y las filosóficas especulaciones de los gentiles la fundaban en el conocimiento de sí mismo. Estas máximas se han reputado verdaderas durante una larga serie de siglos; las luces del nuestro nos hacen ver que pecan de anticuadas y que solo producen buen efecto impresas de letra gótica en ediciones incunables. La ciencia, recogiendo los frutos de sus investigaciones y reduciendo á un objeto sus afanes, se empeña en hacer del destierro una patria, en transformar el campo de abrojos en mansion de delicias; y el hombre pegado á la tierra, como el pulpo á la roca, se olvida de su origen, de su miseria, de su inmortal destino: se desconoce á sí mismo y se olvida de Dios, que es el medio mas á propósito para que su temor no le tenga sobrecogido y desalentado. Y así como con sus aplicaciones prácticas la ciencia fomenta su sensualidad, así con sus atrevidas hipótesis y sus fantásticas elucubraciones fabrica nuevas alas á su orgullo. Al hombre se le resiste ser declarado menor de edad mientras permanezca en la tierra, y se subleva contra el tutor que impone un freno á sus pasiones; y la

ciencia, que debiera servir para inculcarle sus deberes, corregir su indisciplina y hacerle si cabe mas evidente lo saludable de su dependencia, falseando su mision parece que solo se ocupa en presentar dificultades, en sistematizar objeciones, en inventar locas teorías, en amontonar sombras sobre la idea de Dios que tan clara resplandece á los ojos de la fé. Parece que los fulgores de la divinidad han de eclipsarse con las luces del siglo, y que el bello ideal de la humanidad será llegar á la fórmula *homo sibi Deus*, sin considerar que desde esta, paso á paso, por deducciones prácticas, por una lógica irresistible, se habrá de llegar á la fórmula *homo homini lupus*.

Dios es la verdad fundamental de todo lo que existe, y de él se quiere prescindir cuando se trata de explicar lo existente. Sobre aquella sólida base la ciencia no levanta ya sus edificios, pues creeria que es poco decoroso para ella no encontrar ó no inventar mas hondos cimientos. La intervencion divina será todo lo verdad que se quiera en el orden religioso, pero en el orden científico no debe acudirse nunca á semejante subterfugio: se tomaria como último recurso de la candidez ó de la ignorancia. El nombre de Dios nunca ha de aparecer escrito en las páginas que la pluma de la ciencia haya trazado, y si alguien estraña este olvido, los mas osados contestarán como el matemático francés que no han sentido la necesidad de aquella hipótesis religiosa. Buscar en Dios la causa primera y en su libre voluntad las leyes que rigen los fenómenos sometidos á nuestro estudio, este no es un procedimiento científico; pero sí lo es inventar un sistema y fundarlo sobre una hipótesis ingeniosa, por mas que la ciencia misma declare despues que tal hipótesis no pasa de ser simplemente un absurdo. No hagais de Dios el protagonista del misterioso drama de la creacion, no aludais á los versículos del Génesis, porque se os dirá que Moisés no estaba á la altura de la ciencia. Tended el vuelo por las inmensas regiones del espacio, calculad el asombroso número de astros que lo pueblan, reducid á cifras su magnitud, su pesantez, su velocidad, describid sus mag-

níficas armonías y sus inalterables revoluciones; pero si despues se os antoja dar al público la relacion de este viage emprendido con las alas de la imaginacion y de la ciencia, guardaos bien de estampar al pié de ella: *caeli enarrant gloriam Dei*.

Perspícaz como el águila, el grande obispo de Meaux abarcaba de una mirada los acontecimientos verificados sobre la faz del mundo conocido, y comprendiendo su misterioso enlace descubria la oculta mano de la Providencia dirigiéndolos al cumplimiento de sus profundos designios. Para él la historia no es mas que el desarrollo de un plan divino para hacer efectiva la responsabilidad de las naciones. De seguro no es la casualidad la que encadena los sucesos mas fortuitos; ni por mas que en gran parte sean el resultado de la libertad humana, está en manos del hombre detener ó variar el curso de los acontecimientos. La humanidad no marcha á la ventura como un aduar errante: el que la ha creado le trazó previamente el itinerario que habia de seguir; pero ¿quién es el que, examinando al turbio resplandor que despiden las luces del siglo las huellas estampadas en el polvo de su camino, se contenta con tan pobre y vulgar filosofía? ¿A qué fin acudir á la Providencia, cuando para recorrer tan intrincado laberinto se tiene á mano un hilo de Ariadna, se tiene la ley del progreso que reemplaza al ciego Destino? La ley del progreso es la que determina la prosperidad y el engrandecimiento de las naciones, y sin duda esta misma ley la que les empuja á su decadencia y ruina. No achaqueis pues las vicisitudes históricas á los efectos de una justicia suprema que castiga ó recompensa, porque se sonreirán los filósofos, así como se sonreirian los naturalistas si las calamidades que azotan á los pueblos las atribuyerais al desenfreno de sus vicios.

Sierva de la teología se llamaba en otros tiempos á sí misma la filosofía, y no tenia á mengua el seguirla á cierta distancia en señal de respetuoso acatamiento. Satisfecha con tener á su disposicion un campo vastísimo donde ejercitarse en toda clase de especulaciones

intelectuales, maniobraba á su antojo, puesto que le era dado desplegar todo género de movimientos, con tal de no franquear el seto colocado al rededor para preservarla de lastimosas caídas. Sabia que no se encuentra el tesoro de la verdad con hacer mas profundas las escavaciones en los campos del error. Comprendia perfectamente que la verdad no puede ser antítesis de sí misma, que la realidad no puede existir y no existir al mismo tiempo, que lo que es una verdad de hecho en un orden de conocimientos no puede dejar de serlo en un orden diferente. Por lo mismo su docilidad nada tenia de indecorosa; y ahora á su dependencia se le da nombre de esclavitud degradante. La filosofía enorgullecida á lo mas se aviene á reconocer un Dios mudo, que nunca haya hablado á la humanidad, un Dios cuya libertad se encadena negándole el derecho de manifestarse por medio de fenómenos pertenecientes al orden sobrenatural. Y niega la revelacion, y no quiere ver mas que en la razon humana el principio generador de todos nuestros conocimientos, la regla segura de todos nuestros actos, el criterio infalible á que deben sujetarse todas las cuestiones; y como la razon humana bajo el aspecto de su universalidad es el ave fénix que ningun cazador ha cogido en sus redes, y como no hay juez que determine qué razon individual ha de someterse á otra razon individual, de aquí proviene que cada filósofo al divinizar la razon humana no hace mas que una insensata apoteosis de su propia razon, y falla *ex-cátedra* que la verdad se encuentra en su sistema, sin perjuicio de que otros la encuentren precisamente en un sistema opuesto.

Para regir las sociedades constituidas, para gobernarlas con la lenidad y prudencia que requieren las costumbres modernas, para armonizar el desarrollo de los intereses morales y materiales, para reglamentar las relaciones entre gobernantes y gobernados, claro es que se necesitan principios fijos, máximas oportunas, doctrinas verdaderas, y aun así no podrán menos de surgir de vez en cuando graves y espinosas cuestiones. Su resolucíon está confiada á la ciencia política; mas, ¿de dónde

saca esta sus principios fundamentales? Bossuet manifestó que podian estraerse de las santas escrituras, y Quevedo publicó un libro con el título de *Política de Dios y Gobierno de Cristo*. Mas ¿quién alumbrado por las luces del siglo se atreviera hoy dia á renovar semejante procedimiento? quién vá á beber en tales fuentes sus doctrinas y opiniones políticas? ¿Qué tiene hoy que ver con ellas Jesucristo? ¿Será porque él es la verdad por esencia, y de él se derivan y en él se confunden la moral y el derecho, la bondad y la justicia? Pero, es que la política no necesita ya tales elementos para resolver sus mas árdulos problemas: los ha simplificado de un modo admirable, los ha reducido á una sencilla operacion de aritmética. La verdad, el derecho, la moral, la justicia, el decoro público, la conveniencia de la nacion, están en lo que de cinco deciden tres. Un voto mas es la última razon de los pueblos modernos, salvo el acudir, si así les conviene, á la última razon de los reyes antiguos.

De este modo cree la actual civilizaci6n ilustrar el entendimiento humano. *Ex fumo dare lucem cogitat*. Pero, ¿es verdad que una ciencia atea, una filosofía racionalista, una historia despojada de la divina Providencia, una política sin la justicia y el derecho por fundamento, sean luces y no tinieblas? Un mundo sin la idea de Dios que lo llene ¿qué otra cosa es mas que un mundo vacío? Y no se quiere á Dios! ó á lo mas se le consiente arrinconado allá en una de las alturas celestiales, sin hacer nada ni dirigir nada, semejante á aquellos reyes merovingios que encomendaban todos los cuidados del gobierno á sus mayordomos de palacio. Allí se le supone ocioso y tranquilo, despues de haber confiado la direcci6n del mundo físico á las leyes de la naturaleza, la del mundo moral á la ley del progreso, la del orden intelectual á la razon humana, y el régimen de las sociedades á la ley del número y en último resultado al imperio de la fuerza. Estos son sus ministros obligados, irresponsables é inamovibles: siquiera los reyes constitucionales tienen el derecho de cambiarlos á menudo.

EL CLERO (*).

V.

SU CELIBATO.

Quizás piensen algunos que, al tomar la pluma para tratar tan delicada materia, sentimos enrojecérsenos las mejillas, temblarnos el pulso y turbarse nuestras ideas al solo recuerdo de las defecciones que mancillan la blanca estola del sacerdocio. Para los que no estudian el clero por las gacetillas de los periódicos ni por las declamaciones de los clubs, sino en las páginas de la historia y en el campo real donde despliega todos los días los prodigios de su celo, de su abnegación, de su caridad y de todas sus virtudes, nada hay en el celibato del clero que pueda avergonzarlos, y sí mucho, muchísimo que deba embargarles el corazón y el espíritu en purísimos goces y halagüeñas esperanzas. Poco conoce la arcilla de que ha sido formado el corazón del hombre quien muestra extrañeza de esas ligeras faltas ó raras defecciones que la malicia abulta, que la murmuración propala, que la impiedad convierte en piedra de escándalo, haciéndolas tema favorito de sus diatribas. Poco conoce el carácter, la historia, la verdadera fisonomía del clero quien al solo nombre de celibato no siente palpar de entusiasmo su pecho, viendo levantarse de sus gloriosas tumbas y sacudir el polvo del olvido esas cien generaciones de héroes que por el apostolado, por la palabra, por la pluma, por el báculo pastoral, por el esplendor de sus clarísimas virtudes levantaron los pueblos del cielo en que se revolcaban adorando á los ídolos de la carne, y les obligaron á subir tras sus pasos por el áspero sendero del espíritu. Oh! los que teneis ojos y no veis, los que teneis oídos y solo los abris á las sugerencias de la mentira, decidme: ¿qué es lo que dá al clero ese poder, ese prestigio, esa popular soberanía que concitan la rabia y el despecho de sus impotentes enemigos, quienes solo alcanzan á morder con envidioso diente la orla de su manto? De cierto partido político español se ha dicho con gracia que estaba atacado de *clero-fobia*, ¿pero acaso esta enfermedad no se ha hecho general y contagiosa de dos siglos á esta parte? Pues, ¿qué muro de bronce defiende al clero, cuando no han podido echar por tierra su pedestal glorioso ni la piqueta demagógica que derriba sus templos, ni la mina del filosofismo que socava su prestigio, ni los vientos gubernamentales que lo

despojan de sus bienes y le arrebatan su exterior adorno y hermosura? Comparad al clero católico con los ministros protestantes; cotejad á ese clero que estudia, que ora, que celebra, que predica, que confiesa, que administra la Eucaristía, que rodea el lecho del dolor y la morada del infortunio, con aquellos holgados ministros que segun testimonio del doctor King «no piensan mas que en sus mugeres y en sus hijos»; ved las honrosas distinciones que rodean al sacerdote célibe, imagen y semejanza del Hijo vírgen de la Vírgen María, y observad la indiferencia y el desden que aislan al ministro casado con permiso, autoridad y ejemplo de Martin Lutero, fraile sacrílego y raptor; y tendreis la clave para descifrar este enigma. Comprendemos que los enemigos de la Iglesia ataquen el celibato del clero: afortunadamente este Sanson sabe en qué consiste su fuerza milagrosa, y no consentirá en dejarse caer en los brazos de la muger que con tijera traidora cortaria su sagrada cabellera.

Está el celibato tan entrañablemente unido con la idea misma del sacerdocio, que ya lo miremos en sus relaciones [con Dios ante cuyo acatamiento asiste, ya en sus relaciones con la religion cuyas funciones ejerce, ya en sus relaciones con los hombres cuyas almas santifica y consuela, siempre veremos en su frente consagrada esta célica auréola de pureza; y basta sorprender en sus ojos la tibia y lánguida mirada de un amor profano, para que desaparezca á los nuestros su dignidad y su prestigio.

No solo los sabios griegos y los cultos romanos, sino hasta los egipcios, los chinos, los indios, los persas, hasta los salvajes indígenas del nuevo mundo. han creído que era sumamente grato á la divinidad un corazón que desconociese los ritos y prácticas del himeneo. Sin duda que nadie pensará hallar el origen de este sentimiento en la corriente de sus ideas corruptoras ni en los hábitos de sus costumbres corrompidas: este sentimiento que, como la paloma del diluvio, recorría el mundo anegado en las aguas cenagosas de la licencia, debia brotar precisamente del fondo del espíritu humano, que por las reminiscencias de las tradiciones primitivas y por el sentimiento de su propia dignidad no podia desconocer que hay en la continencia un perfume sumamente grato á los moradores de los cielos. Pues si esto creyeron pueblos bárbaros que adoraban con ritos nefandos á nefandas deidades, si esto exigieron de algunos de sus sacerdotes y sacerdotisas y de algunas de sus víctimas, ¿qué menos quereis que exija de sus ministros ese Dios

(*) Véanse los anteriores artículos en las pág. 11, 52, 101 y 124.

á cuyos ojos no son limpios los cielos, ante cuya cara velan sus rostros los querubines? Cómo! ¿Y cabe imaginar siquiera que aquellos labios que todos los días se bañan y se colorean con la sangre purísima del Hijo de Dios, puedan después imprimir ardientes besos en una hermosura terrena? que aquellas manos consagradas que son el trono del Hijo de la Virgen y que reparten á los fieles su carne inmaculada, puedan sostener después la cabeza desmayada de una muger? que aquellos ojos que al pie de los altares vemos dirigir al cielo las miradas de la fé y de la esperanza, reflejando en su pupila como un rayo de la gloria de Dios, puedan iluminarse después con la llama de un fuego mundanal? Si tan celoso se mostraba Dios antiguamente de que en el incensario del sacerdote no ardiese mas que el fuego sagrado del altar, ¿quién no vé que, ahora que ha pasado la figura y ha venido la realidad, el verdadero incensario del sacerdote es su propio corazón, que por la oración eleva al Señor sus perfumes? ¿cómo quereis que arda en él un fuego que no sea bajado del cielo? Se me dirá: ¿acaso no es limpio el fuego del hogar, al amor de cuya lumbré se reúne la familia? Sí, es fuego limpio, mas no sagrado: puede cocer las viandas alimento de una honesta familia, mas no consumir la víctima colocada sobre el altar. Para comprender la filosofía que entrañan estas reflexiones, débese advertir que todas las pasiones afectan al corazón en su carácter, en su temple, en su desarrollo, en sus relaciones; solo el amor le afecta en su esencia. Así la codicia, la ira, la vanidad, el orgullo, la gala, la pereza, la envidia, son como aquellas manchas y defectos que en la ley antigua hacían que desechase Dios las reses *mundas*: pero la pasión del amor de tal manera señorea el corazón y penetra los senos todos del alma, que el ojo mas simple vé allí una oposición radical á los cargos graves y austeros del sacerdocio, al modo de aquellos animales *inmundos* que Dios rechazaba absolutamente.

Si la santidad de Dios, á cuyo servicio se consagra el sacerdote, exige de él la continencia del celibato, también se la exige la religión que le encarga sus intereses y sus destinos. El cristianismo es la religión del espíritu: su misión es derramar el espíritu de Dios sobre los corazones de los hombres. La carne, el mundo, la vida, el tiempo desaparecen á los ojos de esta religión augusta que mira siempre al cielo, que piensa siempre en la eternidad, que camina siempre á Dios, que habla siempre de sus premios, de sus castigos, de sus misterios, de sus atributos, de sus juicios, de su voluntad. Por eso es

que al aparecer sobre la tierra, de tal manera purificó la atmósfera con su purísimo aliento, que Vénus y Adónis vieron desaparecer de sus templos sus impúdicas cortesanas, y de tal manera santificó el mundo con su contacto, que donde quiera asentase su celeste planta, de aquella tierra bendecida brotaba todo un pueblo de vírgenes. Ah! ni el clima, ni la costumbre, ni el ejemplo pueden neutralizar el influjo de esta religión divina, que impone como ordinarios deberes actos de heroísmo, que Grecia y Roma hubieran inmortalizado con merecidas estatuas. Ahora bien; si tal es el espíritu y la tendencia de la religión cristiana, ¿cómo no ha de exigir que el sacerdote, en cuyas manos deposita todos sus poderes, suba hasta la cumbre de la montaña para que de allí hable á las turbas que se agrupan en las faldas? ¿Puede contentarse la religión con que sus ministros reciten al pueblo las máximas y consejos del evangelio, sin practicarlos? ¿Puede contentarse con que los pastores sigan detrás de las ovejas, en vez de abrirles el camino con su ejemplo? Suponed al sacerdote embelesado con la hermosura de su muger y con las caricias de sus graciosos hijos, ¿qué responderá cuando la vírgen púdica le hable de una hermosura que no es esta flor de la carne, y de unos besos que no se imprimen por esos labios de carmin? El que vive en el eden de la tierra, que siente palpitar su corazón al eco de una voz femenina, que abriga en su pecho una llama terrenal, ¿cómo ha de hallar la entrada de ese eden en que mora la vírgen mística? cómo ha de entender su lenguaje? cómo ha de sentir su celeste llama? Ah! que no se remonta á grande altura el espíritu cuando sus alas están empapadas en la miel de los placeres!

Y si solo por el celibato se hace digno el sacerdote de acercarse á Dios y de recibir la investidura de *sacer dux*, sagrado jefe de la religión augusta, ¿qué diremos si le consideramos en sus relaciones con los hombres? Oh! el justo, el pecador, el pobre, el moribundo, el idiota y el salvaje que hallan en el sacerdote célibe su guía, su amparo y su consuelo, nada hallarian en él desde el día en que le viesen cercar un terreno y levantar las paredes de una casa para constituir una familia.

El justo, que halla en el sacerdote célibe un alma desatada de los lazos del mundo, consagrada á Dios y atenta únicamente á la santificación de los hombres, no podría resolverse á consultarle sus santos deseos y generosas aspiraciones, si viese su corazón encadenado al corazón de una muger, y su cabeza solícita y desvelada sobre el porvenir y la fortuna de sus hijos.

El pecador, que al caer ruboroso y confundido á los piés del sacerdote, sabe que aquel pecho que vá á recibir su horrible secreto no tiene comunicacion mas que con Dios, temblaria de pavor y sobresalto y se le anudaria la voz en la garganta, si supiese que la llave de aquel corazon estaba en manos de una esposa, quizá suspicáz, curiosa y exigente.

El pobre, que ahora come el pan del sacerdote y se cubre con sus vestidos y se considera con razon su único heredero, hallaria cerradas sus puertas desde el dia en que sus escasos haberes tuviesen que invertirse en satisfacer los caprichos de su consorte y en criar, instruir y educar su creciente prole.

El moribundo, el huérfano, el desamparado, todos los que de dia y de noche, con sol y con lluvia, le buscan ó le llaman para consuelo de sus males, ya no hallarian mas aquellos brazos siempre abiertos, aquellos piés siempre prontos, aquel corazon siempre libre: ya sus negocios y sus intereses le habrian mostrado otros caminos que no guian al santuario ni á la morada del pobre: ya su tiempo y sus cuidados tendrian que consagrarse á otros hijos, que interesarian mas vivamente su corazon que los hijos del evangelio.

El idiota, y llamo idiota no solo al rústico aldeano y al sencillo pastor, sino á todo hombre privado de la enseñanza evangélica, ya no le veria todos los dias solícito y afanoso repartiendo el pan de la enseñanza. Se apolillarían en el polvo sus libros, y andaria luciente el arado que fecundizara la heredad que pensase dejar á su familia. Ni tampoco esa Europa ingrata gozaria hoy de las luces de que blasona, si aquellos célibes que se retiraban á los monasterios hubiesen tenido familia que les incitase á tomar las armas y recorrer los bosques, para coger la caza codiciada con que cubrir su mesa rodeada de hambrientos hijos.

El mísero salvaje, que ahora vé al célibe misionero abordar á sus costas, vadear sus rios, trepar por sus montañas é internarse por sus bosques solitarios sin mas pensamiento que Dios y las almas redimidas con su sangre, ¿qué podria esperar del sacerdote, si al bajar á la playa para dejar el patrio suelo, se viese detenido por su amada consorte, que anegada en lágrimas le rodease al cuello sus brazos, y tropezasen sus piés con los pequeñuelos hijos que abrazasen sus rodillas deshaciéndose en sollozos y clamores? Y si en su mismo leño admitiese la carga preciosa de su familia, ¿quién no vé que habia de ser su primer pensamiento y su mas viva solicitud buscarle albergue, comodidad y regalo en aquella zona inclemente? quién no vé que, al inter-

narse en el bosque, al trepar por la montaña, al oír el grito selvático de las hordas, el pensamiento de su muger y de sus hijos que van á quedar huérfanos y abandonados en aquellas lejanas tierras, habia de hacer vacilar sus pasos y desmayar su valor y forzarle á retroceder ante el peligro? Ahí teneis en cien irrecusables documentos la relacion de las misiones católicas y de las misiones protestantes; comparadlas, y os convencereis de la superioridad inmensa que sobre el ministro casado tiene el célibe misionero.

Pues bien; si Dios, si la religion, si los trascendentales intereses de las almas exigen del sacerdote la continencia del celibato, ¿á qué combatirlo con tanta saña?

Primeramente, porque es contrario á la naturaleza. Ah! perdonen esos *sabios* que con aire filosófico y platónico continente se ponen á discurrir sobre los derechos de la naturaleza, perdonen, digo, les advierta que no estaria por demás aprendiesen 1.º que el deber de contraer no es *individual* sino *colectivo*, 2.º que la naturaleza no *manda* sino *permite* á cada uno de los individuos el uso del matrimonio, 3.º que el hombre puede renunciar libremente á sus derechos no solo por un dia sino por todos los dias de su vida, y 4.º que para dar el nombre de naturaleza á los desordenados apetitos hay que santificar con los cínicos *pacificadores de la carne* todo linage de abominaciones.

En segundo lugar, porque es mas prudente dejar un resquicio abierto al fuego del corazon, que provocar una esplosion desastrosa. Pero ¿no enseña la juiciosa y sensata filosofía que las pasiones no se contienen dándoles largas, sino ahogándolas en sus principios? ¿No tienen los jóvenes levitas edad competente para saber el peso que cargan sobre sus hombros y las fuerzas con que cuentan para llevarlo? Oh! valga la esperiencia! Observad con ojo imparcial al clero católico y al clero protestante; comparad su prestigio, su nombre, sus virtudes, y callen las declamaciones ante esta prueba concluyente.

En último lugar, porque el celibato disminuye la poblacion. Yo apelo de ese fallo de los espíritus superficiales al trabajo de los grandes pensadores, de los profundos economistas. 1.º Malthus y Destutt de Tracy han demostrado que las poblaciones se merman, no por falta de gérmenes, sino por falta de medios de subsistencia, y así el nivel de la poblacion se eleva cuando estos medios abundan, y baja cuando escasean. 2.º Que el multiplicar inconsideradamente los matrimonios solo ha contribuido á

multiplicar las complexiones endebles, las enfermedades crónicas y las muertes prematuras, para darnos unas sociedades en que proporcionalmente hay mas niños que hombres, mas achacosos que sanos, mas defunciones que nacimientos. 3.º Que lo que interesa al bien social es inculcar la moral, la templanza y la continencia. Y ¡cosa singular! Ni el protestante Malthus ni el filósofo Destutt de Tracy cayeron en que el celibato del clero católico practica, enseña é inculca mas ventajosamente esta saludable continencia, que las escuelas de costumbres con que soñaron.

Tal es el celibato del clero. El sacerdote ama de todo corazón esta santa práctica, porque dimana tan espontáneamente del espíritu de su vocación, que si abolieseis todos los cánones que la prescriben, la veriais quedar en pié como costumbre venerable y acatada, hasta que el trascurso de los siglos la sancionase de nuevo en ley reconocida. El sacerdote ama de todo corazón esta santa práctica, porque sabe que á ella debe esa dignidad que le eleva sobre las cabezas del resto de los mortales, esa sabiduría que le constituye guía de la conciencia humana, y esas virtudes que le concilian el amor y el aplauso de los pueblos.

MIGUEL MAURA, PRO.

CRÓNICA.

El miércoles 19 de junio recibió el papa en audiencia general á las diputaciones extranjeras. La diputación belga fué la primera á quien Pío IX se dirigió:

«Bélgica, dijo, es un buen país completamente católico, incluso su gobierno... Pero sobre todo, el pueblo es bueno.»

Después de hablar en particular á cada una de las diputaciones, el padre santo dirigió las siguientes palabras á la asamblea:

«Aquí veo reunidos delegados de toda Europa, franceses, belgas, españoles, ingleses, americanos é italianos. No es esta la primera vez que venis de todos lados para cumplimentar al vicario de Jesucristo..... Hoy debo pedir os una oración para Constantinopla. Vosotros que leéis los periódicos, sabreis como yo que allí existe un cisma, cisma desdichadamente protegido por el gobierno. No me admira que el gobierno turco lo proteja, cuando hay gobiernos católicos que protejen á los enemigos de la Iglesia.

Lo que os voy á decir os probará que Dios defiende siempre la verdad. El que está á la cabeza del cisma se llama Cazajan, y por desgracia es obispo de Antioquia en Siria. Esta pobre ciudad se encuentra hoy destruida por dos temblores de tierra, y solo Dios sabe cuando se reedificará. La diócesis del obispo cismático se encuentra asolada cruelmente, habiendo perecido dos ó tres mil de sus habitantes. El brazo de Dios ha descargado sobre ellos. Ved pues como Dios protege á la verdad castigando á sus enemigos. Es pues necesario que roguemos por ellos.

Entre tanto os bendigo á vosotros y á vuestras familias.»

Antes de abandonar la sala del consistorio, su santidad se dirigió nuevamente á la diputación belga, diciéndoles: «¡Oh, vuestra Bélgica es una excepción, es un pequeño país bendito!»

Por la tarde fué recibida en audiencia particular la diputación belga, para dar lectura á una dedicatoria que Pío IX interrumpió muchas veces de palabra y con señales de aprobación. Concluida la lectura, el papa respondió:

«*Confirmet Deus quod locutus es!* Os concedo la bendición que me demandais. Felicito á Bélgica por haber salido ileso de los choques que han conmovido la sociedad. Os habeis encontrado entre Caribdis y Scila. Vuestro país es bueno y católico. Hasta el gobierno tiene cierto espíritu de catolicismo.....

La sociedad está muy enferma; ved á Francia, á España, á Italia. Es indudable que para salvar la sociedad será necesario que haya milagros. ¿Pero no es ya un milagro que yo mismo me sostenga de las limosnas del mundo católico, en el cual la Bélgica ocupa un puesto tan distinguido?

Con esas limosnas vivo yo, viven las personas que trabajan conmigo y casi todos los obispos de Italia, puesto que el buen gobierno italiano (añadió el papa sonriendo) no se acuerda de mis obispos, y se *contenta* con ofrecernos *garantías* como últimamente ha hecho en un documento de todos conocido. Este asunto ha indignado á todos los católicos, y aun á los protestantes honrados: bajo este punto de vista nos ha hecho un bien. Ya he hablado de esta iniquidad al cardenal Antonelli. Se me critica porque siempre digo una misma cosa; pero á los mismos insultos no puede contestarse mas que con las mismas protestas.»

El padre santo habló de los zuavos, cuyas constantes pruebas de afecto le causan mucho júbilo, dando por terminado el acto con su bendición.

A las diez de la mañana del 20 recibió el padre santo en audiencia secreta al capítulo del Vaticano que iba á felicitarle. Reunióse después en la sala del Consistorio la prelatura, así como los protonotarios apostólicos, los prelados auditores de la Rota y otras varias corporaciones.

El padre santo llegó hacia el medio día, acompañado de los cardenales Patrizzi y Bilio, y después de oír un hermosísimo mensaje leído por el cardenal Sacconi, respondió:

«Si he recibido continuas pruebas de afecto de todas las asociaciones y de todas partes, no solo de las provincias pontificias, sino de Italia y de fuera, me considero tanto mas dichoso al recibirlas hoy de vuestra junta, que me presenta una corona tan noble, porque está formada por los tribunales y por esas administraciones que han tenido necesidad de interrumpir sus tareas por las desdichas de los tiempos. Vuestro concurso y vuestra palabra no podía menos de infundir también valor y fuerza al que se encuentra hoy en las circunstancias que ve todo el mundo.

Respecto de vuestra situación, espero que por la misericordia de Dios, si os habeis visto obligados á decir como el salmista *suspendimus organa nostra*, á esta suspensión seguirá el ejercicio de la verdadera autoridad. Esperamos que esta administración podrá resucitar, aunque ignoro de qué manera, en qué tiempo y por qué medios, pues todo esto está en los secretos de la Providencia divina.

Pero si ignoramos cuándo se realizarán estos hechos que deseamos, no puedo apartar de mi corazón, y para decir toda la verdad, del vuestro y del de todos los hombres de fé que existen en esta tierra, la esperanza de que esta suspensión tendrá un término y de que volveremos al orden hoy tan profundamente perturbado, y á la religión que nos devolverá los frutos de su influjo bienhechor. Hoy solo ejerce su fuerza sobre los que recibieron en los pasados tiempos mejor educación; pero les inspira generosas protestas contra la impiedad que domina dentro y fuera de Italia. Esperemos pues este momento, cuando plazca á Dios que llegue. Si no á mí, lo concederá á mi sucesor. (¡No, no! *movimiento*.) Es indudable que debe esperarse firmemente en el Señor, que nos sacará de las miserias en que vivimos.

No obstante, levantemos nuestro espíritu á Dios; imploremos sus bendiciones á fin de que nos dé valor y fuerza para perseverar en el camino que hemos emprendido. Y con estas bendiciones tengamos siempre á la vista la esperanza, inseparablemente unida á la fé.

Debemos tener fé en la promesa de Dios, de que no prevalecerán las puertas del infierno: pues precisamente la cosa es bastante clara. Está declarada la guerra, no solo al dominio temporal, sino tambien al poder espiritual y á la religion. Y la mala voluntad de cierto gobierno está asimismo muy patente, tanto mas, cuanto que frecuentemente la declara y mas frecuentemente la manifiesta de todas maneras con sus actos.

Sea la bendicion de Dios con vosotros, con vuestras familias y amigos para que todos puedan soportar, sino alegremente, por lo menos con resignacion completa y el necesario valor, la tristeza de los presentes tiempos. Dios os bendiga.»

El viernes 21 dos mil italianos pertenecientes á todas las provincias de Italia, representantes de doscientas diócesis, se reunieron en la sala ducal del Vaticano para esperar la llegada del padre santo. Pio IX llegó cerca del medio dia, acompañado de los cardenales Patrizzi, Pietro, Arquini, Barnabo, Silvestri, Quaglia, Panebianco, Luca, Bizzarri, Pitra, Guidi, Bonaparte, Banli, Berardi, Caterini y Capalti, esto es, de casi todo el sacro colegio. Tambien le acompañaban los obispos, entre los que se hallaban monseñor de la Tour d'Auvergne arzobispo de Bourges, el arzobispo de Salerno, el obispo de la Oceanía central, y casi todos los obispos residentes en Roma, los prelados de la corte pontificia, los camareros de honor, y numerosos personajes italianos y extranjeros. A su llegada fué saludado por repetidas aclamaciones de ¡Viva nuestro santo padre! ¡Viva el papa rey! Despues que ocupó el trono, el caballero Acquaderni dió lectura á un bellissimo mensaje lleno de alusiones á los acontecimientos actuales. El padre santo respondió:

«He aquí confundidos una vez mas con vuestra presencia los detractores de la santa sede, que afirman que el soberano pontífice ha olvidado á Italia y convierte en desprecio la bendicion que hace veinticuatro años le concedió. Pero vosotros estais aquí para desmentirlos, y vuestra presencia me trae un gran consuelo, que se aumenta todavía mas cuando os veo reunidos. Os aconsejo la union, y pido á Dios la consume, á fin de que pueda decir de los italianos que piensan como vosotros: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.*

Sí, que vuestro pensamiento sea uno: la gloria de Dios y la enmienda de la sociedad; que vuestra esperanza sea una: la resurreccion de todo lo que pertenece especialmente á la religion y á la moral tan cruelmente atacadas.

Se me vitupera de no acordarme de la bendicion que dió hace veinticuatro años, y hasta se tiene la bajeza de emplear cuando de esto se habla, no solamente términos impíos, sino tambien contrarios á toda decencia, sin embargo de ser el papa siempre el mismo. (*Repetidos aplausos.*) A quienes no puedo bendecir es á los profesores, á los maestros que procuran ayudados con la complicidad del poder corromper el corazon y estraviar el espíritu de la juventud. No, estos no pueden ser el objeto de las bendiciones del papa.

Nosotros no queremos que la juventud pierda los buenos principios, y esta es la razon por que digo á esos hombres: por favor, dejadnos al menos la libertad de enseñanza (*aplausos*), que nosotros sabemos educar á los jóvenes en la santidad de la religion, decirles que existe un Dios, y que este Dios todo lo vé y está presente en todas partes, en la magnificencia de los cielos, en los productos de la tierra, en nosotros mismos: en cualquiera parte fijemos nuestras miradas encontramos siempre la idea de Dios.

Queremos igualmente enseñarles que ese Dios es no solamente el creador, sino tambien el redentor de todos los hombres. En esto precisamente se engañan groseramente los que en nuestros dias pretenden reformar el mundo: olvidan el pecado original, que vició el natural del hombre, de un modo que Dios ha tenido que regenerarlo por medio de un nuevo orden providencial. Cuando afirman que la razon humana es suficiente para servirnos de guia, desconocen (y son revolucionarios hasta en este punto), desconocen el gran principio de la autoridad, sin el cual ni el orden, ni la paz, ni la tranquilidad pueden existir en este mundo.

Bendigo pues á Italia, pero no á los usurpadores de la Iglesia ni á los enemigos de Dios. (*Aplausos.*) No, yo no bendigo á los espoliadores de los templos, á los escandalosos, á los blasfemos, á los profanadores de las santas imágenes. No, yo no puedo bendecir á los malos, ni á los que poco ó ningun cuidado se toman para mantenerlos en los límites del deber.

Bendigo á Italia, bendigo á los obispos recientemente enviados á sus diócesis. ¡Oh! la península por tantos y tantos millones de hijos suyos se ha mostrado animada de la verdadera fé, de esa fé sin la cual no es posible agradar á Dios, y cuya falta atraerá la condenacion, segun esta sentencia de Jesucristo: *Qui non crediderit, condemnabitur.*

Bendigo á los pueblos que han mostrado una piedad tan sólida, un celo tan ardiente en tantas diócesis. Hemos visto en efecto á las poblaciones acudir para recibir sus pastores, y en muchas partes á las autoridades locales acompañarlos á la catedral en medio de la alegría pública, en tanto que cada cual elevaba al cielo himnos en accion de gracias, promovidos por la presencia del prelado durante tanto tiempo esperado.

Bendigo á Italia, pero con las reservas que acabo de establecer, y ojalá esta bendicion la libre para siempre de los males que la desolan.... Bendigo á Italia, pero no á quien la oprime; bendigo á Italia, pero no á quien la escandaliza. Bendecid, Dios mio, esta tierra que ha producido tantos hombres ilustres, tantas almas santas, tantos dechados en religion y piedad. Haced que el mal que la oprime, que reside en su seno, desaparezca.

Y ahora, ¿qué mas diré? Quiero concluir como lo he hecho ya varias veces, repitiendo que debemos elevar nuestras almas á Dios. Uníos todo lo que sea posible para combatir el error. Que la caridad, la prudencia y la firmeza sean los lazos que os unan; combatid con esas armas á nuestros enemigos, y pedid á Dios que nos libre de tantas plagas.

La plaga principal, vosotros lo sabeis, es la usurpacion. Plagas son el fuego, inundaciones ó temblores de tierra, los insectos que devoran las sustancias de que el pueblo tiene tanta necesidad. Elevemos nuestras almas á Dios, y roguémosle suspenda su castigo, producido por los tesoros de su justicia.

Sí, Señor, os recomiendo esta Italia que habeis hecho tan privilegiada. En efecto, aquí es en donde habeis plantado la enseñanza del catolicismo, aquí donde habeis establecido la silla de vuestro vicario. ¡Ah, dulce Jesus! que Italia de una vez para siempre se purifique de sus males, y vuelva del modo que os plazca á la libre práctica de la religion que vive en su corazon. Bendecid este elegido rebaño reunido alrededor de mí; bendecid sus familias y sus intereses. Que vuelvan benditos á sus hogares á decir á sus hijos y á sus mujeres que el papa bendice á Italia, pero á la Italia tal como acabo de describirla.

Decidlo á todos que el papa ruega por ellos, que da las gracias á sus hijos por el amor filial demostrado, no solamente de viva voz, sino tambien por sus actos....

Que mi bendicion sea para vosotros una prenda de paz, un signo de júbilo, un símbolo de consuelo, descendiendo sobre vosotros para siempre.»

El discurso de su santidad fué pronunciado en medio de un silencio profundo y respetuoso, pero al concluir las palabras de la bendicion, se elevó una inmensa aclamacion de ¡Viva nuestro santo padre! ¡Viva el papa rey! ¡Viva el gran pontífice! Despues cada uno se aproximó á fin de poder besar la mano ó las vestiduras de Pio IX, que descendió del trono y recorrió lentamente la sala.

La municipalidad se negó á continuar la tradicion del senado de Roma, consistente en ofrecer un caliz al Vaticano con motivo de la fiesta de san Pedro. El presidente de la sociedad católica ha hecho este año dicha ofrenda.